

MAMEN SÁNCHEZ

COSTA AZUL



UNA NOVELA SOBRE SITUACIONES INESPERADAS QUE PROVOCAN ENCUENTROS INEVITABLES...

PORQUE MUCHAS VECES, LA IMPROVISACIÓN NO ES SOLO EL ÚNICO RECURSO, SINO TAMBIÉN EL MEJOR.

Bélgica, julio de 1956: según se rumorea en todo el país, desde las peluquerías a los despachos oficiales, el joven rey Balduino, tímido y soltero, mantiene un romance con su madrastra Lilian de Rethy. Esta situación hace que la monarquía se tambalee y se vuelve crítica cuando los dos "sospechosos" realizan un viaje a la Costa Azul.

El primer ministro tendrá que enviar a Niza a Pierre Pierlot, su mejor agente supersecreto. En principio, nada debería salir mal y, sin embargo, la misión se convierte en un puro disparate cuando en el plan para espiar a la real pareja se cruza una aristocrática mujer, lamentablemente tan hermosa como intrigante.

Para los superhéroes del 2020.

Capítulo 1

El entorno se desdibujaba cada vez que Achille se quitaba las gafas. Sentía que una niebla muy densa lo engullía junto con los muebles de su despacho: el escritorio de nogal, la biblioteca, la escribanía de plata. La habitación se transformaba en uno de esos cuadros de Vincent van Gogh en los que las estrellas dan vueltas y los campos de trigo ondean como océanos embravecidos.

Ni de lejos, ni de cerca. Astigmatismo severo. No puede usted servir a su patria, joven, será mejor que se esconda hasta que pase la guerra. Yo le recomendaría, tal vez, alguna granja abandonada a la orilla del río Yser.

Era quitarse las gafas —de estilo Quevedo, con lentes esféricas, montura de pasta negra y patillas anchas—, y andar a tientas.

Es decir, que el bueno de Achille no veía tres en un burro.

Había cumplido cincuenta y ocho años, quién lo diría, gozando de buena salud y buen apetito. El primer botón de la chaqueta le abrochaba a duras penas. Se le había redondeado el rostro y lucía una doble papada algo estrangulada por la camisa blanca y la corbata elegante. Tenía las orejas pequeñas, los dientes bien alineados, un frondoso bigote, hoyuelos en los mofletes, el pelo negro entreverado de canas y la frente ancha y despejada.

Achille se frotó los ojos con el índice y el pulgar. Había sido un día agotador. Eran las seis de la tarde. Se merecía un respiro.

En un cajón del buró guardaba la bolsa de picadura de tabaco Captain Black, la pipa de madera, las boquillas de repuesto, los limpiadores, los filtros. Era metódico y ordenado: a las seis en punto, fumaba.

Ese era uno de los pocos placeres que se permitía a diario. No era bebedor ni mujeriego, aunque sí aficionado a las novelas de espías. También le gustaba el cine. Sobre todo el bélico. Todos los miércoles y los sábados, iba al cine con Anna.

Se recostó en la butaca a saborear el tabaco. El humo de la pipa se mezcló con la bruma del astigmatismo. Y con el leve y placentero mareo que le hacía olvidar, por un instante, sus gravísimas preocupaciones. O al menos, arrinconarlas, barrerlas y ocultarlas debajo de la alfombra.

Esa mañana, sin ir más lejos, había logrado que se aprobara en la cámara una ley que duplicaba los días de vacaciones: de seis a doce semanas anuales. De un plumazo. Sin oposición. Lo cual le venía como anillo al dedo, ya que acababa de comprarse una casita encantadora en la región de los lagos de Eau d'Heure, entre Charleroi, Philippeville y Beaumont, donde pensaba retirarse a descansar desde el 1 de julio hasta el 1 de octubre, ambos incluidos. ¿No habría sido, quizá, demasiado espléndido? ¿Soportaría la economía belga una generosidad tan desmedida como la suya? ¿He contado ya que a Achille van Acker se le dibujaban unos hoyitos casi infantiles en los mofletes cuando sonreía?

Dio otra calada a su pipa y la imaginación lo llevó en volandas hasta su casita del lago. Se figuró que un balandro se mecía apaciblemente, amarrado a un pequeño muelle de tablas, a escasos metros de su jardín. Una suave brisa perfumada de flores acariciaba las velas color burdeos y el canto de los páj...

La puerta del despacho se abrió de repente, haciendo un ruido de mil demonios (había que engrasar de una vez por todas aquellas malditas bisagras) y un viento huracanado irrumpió en la habitación llevándose por delante todo lo

que encontró a su paso, incluidas las quinientas sesenta y tres cuartillas de la nueva ley de bienestar.

—*We zijn laat, lieverd!* —bramó la turbia figura que acababa de hacer su aparición en escena, precedida por semejante tornado.

Dicha frase, tan amenazadora para un desconocedor de la lengua neerlandesa, no significa otra cosa que «¡Llegamos tarde, cariño!», palabras incluso dulces, cuando se pronuncian con delicadeza. Y Anna lo era. Dulce y delicada (a partir de ahora se traducirán todos los diálogos para evitar malentendidos como este).

Se había adornado con un sombrero de fieltro, piel de zorro y redecilla, a juego con la estola de visón —regalo de aniversario— y los guantes de ante que tanto le gustaban. Para completar su atuendo, había prendido dos enormes orquídeas amarillas en el ojal de su chaqueta.

De todo esto se percató Achille cuando, precipitadamente, con el corazón en un puño, volvió a colocarse sus gafas de cegato y, aliviado, comprobó que el temible intruso no era tal, ni venía con intenciones magnificadas, sino su querida esposa Anna, preocupada porque llegaban tarde al cine.

—Estás guapísima, cielo. ¿Has estado en la peluquería?

—De ahí vengo. Y con jugosos rumores que contarte, por cierto. Me he quedado de piedra con la historia que circula por la ciudad... Estoy trastornada, no te digo más.

—Cuenta, cuenta.

—Mejor te lo explico por el camino. Llegamos tarde al cine, apúrate. Y, además —bajó la voz—, no me fio ni un pelo de estas paredes. Las paredes oyen.

—Tienes razón. Yo tampoco descarto que existan micrófonos ocultos en este despacho. ¿Cómo si no se enteraron los liberales de lo que tramaba mi gobierno, antes incluso de redactar la ley de bienestar? El jefe de la oposición se ha tomado ya seis semanas de vacaciones, y ahora presu-

me de que todavía le quedan otras seis de asueto. ¡Qué sinvergüenza!

—¿Entonces, se aprobó finalmente?

—Sin la menor oposición.

—Me lo figuraba.

Achille apagó su pipa —no le gustaba fumar de pie, ni mucho menos mientras transitaba a toda prisa por las concurridas calles de Bruselas—, recogió como pudo los documentos desparramados por la alfombra, los apiló sobre el escritorio, colocó encima un pisapapeles muy bonito, recuerdo del Tirol, y se enganchó al brazo de su mujer, que olía a perfume de rosas. Observó que llevaba puestos los pendientes de perlas. Lamentablemente, no armonizaban con el resto de su vestuario. En fin.

—¿Qué película has escogido hoy, tesoro? —le preguntó a Anna antes de cerrar, con dos vueltas de llave, la puerta de su despacho.

—Un largometraje norteamericano, con un título de lo más prometedor: *El hombre que sabía demasiado*. ¿No te parece intrigante?

—Depende de la materia sobre la que ese hombre «sabía demasiado». No se tratará de otra de esas comedias románticas que tanto te gustan, repletas de bailes ridículos y muchachas en traje de baño que hacen piruetas, o se ponen a cantar cuando menos te lo esperas, ¿verdad? Ya sabes que a mí las que me divierten son las bélicas, y si son verídicas, mucho mejor. ¡Ah, *Rommel, el Zorro del Desierto!* ¡Ah, *Tener y no tener!* ¡Ah, *El coronel y su...*!

—¡De espías! —le interrumpió Anna, contrariada—. De Alfred Hitchcock, con James Stewart y Doris Day.

—¿Doris Day? ¿Te he dicho alguna vez que te parece una barbaridad a esa belleza de nariz respingona?

Hacia una tarde agradable y luminosa; junio era siempre benévolo con los hijos de Bélgica. Achille se preguntó por qué Anna se empeñaba en seguir usando la estola de visón

y los guantes de ante a pesar del buen tiempo. Coquetería femenina, concluyó.

Antes de abandonar el edificio gubernamental, echó un vistazo a derecha e izquierda y observó que, al otro lado de la calle, debajo de un arbolito enclenque, un individuo vestido con ropa de almacén, vigilaba la ventana de su despacho. Al no reconocer su cara angulosa, prefirió tomar precauciones. Anna protestó. Siempre lo hacía: lo acusaba de paranoico. Detestaba llegar tarde a todas partes por culpa de esa manía suya de imaginar conspiraciones donde no las había. Era cierto; algunas veces se excedía un poco. Pero, por otra parte, no había que olvidar que, gracias a esa exagerada prudencia, llevaba diez años ejerciendo el poder sin ningún contratiempo.

—No hay por qué alarmarse. Se trata de uno de mis agentes —pudo confirmar a su impaciente esposa tras consultar telefónicamente con el jefe del servicio de seguridad del Estado—. Un tal Pierre Pierlot.

—Vaya, parece un nombre en clave —opinó ella.

—Lo es. Al parecer, nadie conoce su verdadera identidad. Pierre Pierlot es el alias que utilizaba cuando formaba parte de la Resistencia, según tengo entendido.

—¿Y no te resulta chocante que escogiera precisamente el apellido Pierlot, cuando todo el mundo lo identifica con el del conde, tu antecesor?

—Nadie los confundiría, cielo, la diferencia de edad no deja lugar a dudas. El viejo Pierlot estará ya por los setenta y tantos mientras que este no ha cumplido aún los cuarenta.

De cualquier modo, al pasar junto al arbolito enclenque, Achille van Acker y su señora le dedicaron un discreto saludo —inclinando casi imperceptiblemente sus cabezas— al agente Pierlot. Después continuaron su camino.

No tomaron la rue Royale, sino una callejuela empinada que transcurría en paralelo. A Achille las grandes avenidas lo agobiaban, y por regla general prefería evitar las aglo-

meraciones. En bocacalles como aquella, si alguien lo reconocía y se empeñaba en estrecharle la mano, Anna lo ahuyentaba amablemente, utilizando la excusa de la película empezada: «*We zijn laat*», se disculpaba.

Al fin estaban solos. Sus pisadas acompasadas y el canto de los pájaros era lo único que se escuchaba aquella tarde de junio en aquel recoleto rincón de Bruselas. Nadie por aquí, nadie por allá... antes de doblar la esquina, Anna se detuvo.

—Bueno —susurró—, ¿entonces quieres que te cuente lo que se dice en la peluquería o no?

—Claro, cariño, adelante. Me tienes en ascuas.

—Prepárate. La historia es de lo más escandalosa. — Presionó con su mano enguantada el brazo de Achille—. Habían terminado de colocarme los bigudíes e iban a empezar con el secador, cuando entró la condesa Madeleine de Brouhoven de Bergeyck haciendo aspavientos.

—¿Te refieres a Madeleine Marie della Faille de Leverghem?

—La misma.

—Curioso.

—No creo que me reconociera. Como te digo, acababan de introducirme la cabeza en el secador. Tomó asiento a mi lado y se giró hacia la mujer de su derecha, ni más ni menos que su cuñada Margarita. No pude escuchar toda la conversación —hazte cargo, el ruido, en un salón de belleza, es ensordecedor—, pero logré captar algunas frases sueltas. Noté que venía muy alterada, de un almuerzo en el Plaza, creo. —Anna bajó aún más la voz—. Hablaban de «ella» —le dijo al oído.

Ella. Lilian Baels, la princesa de Réthy, quién si no. La diana de todos los dardos. La mujer más odiada de Bélgica. Que si llevaba un broche demasiado ostentoso, que si un vestido demasiado caro... ¡Qué se creía la advenediza, arribista, manipuladora, que se había casado —en secreto— con el rey viudo, y había obligado al Parlamento a for-

malizar su unión cuando ya estaba embarazada de tres o cuatro meses! ¡Cuando ya no había modo de evitar el desastre!

Además, Anna van Acker tenía motivos personales para detestarla: la «*Question royale*» había traído a Achille de cabeza y les había dejado sin vacaciones durante años.

Ahora el joven Balduino portaba oficialmente la corona, pero todo el mundo sospechaba que su padre y su madrastra eran quienes movían los hilos. El muchacho era demasiado pusilánime y tímido como para tomar las riendas. No era más que una marioneta, flacucha y miope.

—Siempre hablan de ella en la peluquería, Anna.

—Porque siempre hay algo nuevo que contar, Achille. Déjame terminar. Por lo visto, esta vez el escándalo es monumental. Prepárate. —Aquí hizo una pausa dramática—. ¡Balduino y Lilian duermen juntos!

Dos palomas, que estaban posadas en el alero de uno de los tejados de la catedral de San Miguel y Santa Gúdula, levantaron el vuelo, asustadas. Anna había estallado de repente, dejando de lado toda cautela. Le temblaba un poco la barbilla y tenía un no sé qué de loca en la mirada.

—¿Has perdido la cabeza, *lieverd*? —trató de serenarla Achille.

—Ni un ápice —le aseguró ella—. Eso es lo que estaban diciendo la condesa y su cuñada. Que Balduino y su madrastra tienen un *affaire* y que la otra semana, sin ir más lejos, pasaron la noche juntos, a solas, en un compartimento privado del tren nocturno que lleva a Innsbruck.

—Inconcebible.

Reemprendieron la marcha, ambos en silencio, rumiando el chisme que, de extenderse por ahí, podría volver a desestabilizar la nación. Anna lo creía a pies juntillas —ella estaba dispuesta a dar pábulo a cualquier patraña concerniente a la princesa de Réthy—, pero Achille... ¿no sentía él también, en el fondo de su corazón, un brotar y discurrir de lava, que le hacía dudar? El joven rey había crecido tan ais-

lado... Había pasado toda su infancia prisionero. Primero en Laeken, después en Hirschtein y finalmente en Strobl. Sin contacto con el mundo exterior, sin relación con los muchachos de su edad. La única mujer que Balduino había conocido en su vida era la bruja esa de Lilian Baels. ¿Habría sido la arpía capaz de seducirlo?

—¡A su propio hijastro, por Dios santo! —exclamó cuando ya no venía a cuento.

Para entonces, la fachada iluminada del Cinéma Galeries estaba a menos de una manzana, y algunos transeúntes, al reconocer la inconfundible voz de su primer ministro, se volvieron intrigados hacia la pareja. Ni que decir tiene que aquella tarde, Achille van Acker salió del cine sin haberse enterado de qué diantres sabía el hombre que sabía demasiado.

Capítulo 2

No era verdad que Pierre Pierlot tuviera la cara angulosa. Esa había sido una percepción errónea, provocada por las sombras del arbolito y la luz de media tarde. En realidad, el arco de su mandíbula era casi perfecto, aunque con un pequeño hundimiento en el centro del mentón, y el conjunto de su rostro resultaba de lo más armonioso. Tenía la frente ancha, la raya a un lado, un discreto tupé peinado hacia atrás con la cantidad justa de fijador y unos labios gruesos, carnosos, que se ensanchaban hasta el infinito cuando los abría en una de sus irresistibles sonrisas.

El traje holgado y la corbata estrecha a los que le obligaba su condición de agente secreto no casaban con su galantería. Él era más bien hombre de esmoquin. O de uniforme militar. Así, de paisano, con americana y lentes ahumados, perdía parte de su encanto. Pero conservaba el porte aristocrático, eso sí. Medía un metro ochenta y seis centímetros, y poseía unos hombros anchos de nadador olímpico, unas manos grandes de pianista ruso, unos ojos almendrados de seductor de cine... Francamente, ¡qué bien le sentaba la chaqueta!

Pierre Pierlot era su nombre de batalla. El de pila era mucho más difícil de llevar. Tanto que, si no fuera porque su madre se empeñaba en recordárselo a todas horas, él lo habría olvidado y enterrado en alguna fosa común, muchos años atrás.

Cuando uno se alistaba en el Groupe G, debía desprenderse de muchos lastres, el más difícil de todos, la propia

identidad. Ya no había apellido que valiera, ni raíces, ni hogar, ni mucho menos Penélope que lo esperara, enamorada y paciente, mientras tejía una larga bufanda multicolor.

El único vínculo con su vida anterior era su madre. La visitaba una vez al mes, en la casita de campo donde pasaba sus soleados días, horneando pasteles y cultivando el jardín. Le había dicho un millón de veces que ya no se llamaba H... como el abuelo, sino Pierre. «Pierre Pierlot, por Dios, mamá. No es tan difícil de recordar».

Por lo demás, a todos los efectos, *monsieur* Pierlot no era más que un anodino funcionario del Estado, que cumplía con su deber en uno de esos despachos de posguerra donde un batallón de hombres grises trataba de desenmarañar los enredos de la burocracia. ¡Ah, cómo echaba de menos la acción!

Con veinte años recién cumplidos, se había alistado en el Groupe Général de Sabotage de Belgique (el llamado Groupe G) y su participación en el célebre boicot contra las líneas eléctricas de alta tensión, había sido memorable. A él, personalmente, se había debido el gran apagón de Valonia, que dejó a los alemanes incomunicados durante diez millones de horas de trabajo.

Después de la guerra, Pierlot había recibido una condecoración y una oferta de empleo: trabajar para el servicio de inteligencia belga, el llamado «servicio de seguridad del Estado».

Le había ilusionado muchísimo ese destino, donde pensó que podría continuar engordando su leyenda. Y hasta había fantaseado con la posibilidad de participar en arriesgadas misiones de contraespionaje, tal vez en la Rusia estalinista o en la España franquista.

—No, *monsieur* Pierlot, nada de países exóticos —le había explicado Robert de Foy, jefe del «Veiligheid van de Staat», el día en que lo llamó a su despacho para ofrecerle trabajo en el SE—. Lo que necesitamos son agentes de se-

guridad para proteger a nuestro primer ministro, el insigne Achille van Acker.

—¿Qué conspiración internacional lo amenaza?

—Ninguna, que sepamos. Pero el mundo está infestado de anarquistas y comunistas, deseosos de desestabilizar Europa. Hágase cargo. Si algo le sucediera a Van Acker, el futuro de Bélgica quedaría en manos del rey Balduino.

—¡Válgame el cielo! Tiene usted mucha razón, no lo había pensado...

—¿Contamos, entonces, con usted, *monsieur* Pierlot?

—Sí, señor. A sus órdenes, *monsieur* De Foy.

Los últimos dos años, los había dedicado a escoltar al primer ministro, lo cual, aunque le dolía reconocerlo, había resultado ser una tarea bastante decepcionante. A pesar del tenebroso escenario dibujado por Robert de Foy, lo cierto era que a Achille van Acker no se le acercaban más que amables ciudadanos empeñados en agradecerle sus servicios —sobre todo tras la promulgación de la ley de bienestar—, y para librarle de semejante engorro, nunca había sido necesaria su intervención: la señora Van Acker se las arreglaba muy bien ella solita.

La mayor parte del tiempo la pasaba Pierlot debajo del arbolito que quedaba frente a la ventana de aquel despacho. Vestido de trapillo. Fumando tabaco barato. Añorando los viejos tiempos. Y lo que es peor: a pesar de sus desvelos, sospechaba que el primer ministro seguía sin conocer su existencia. Día tras día le esperaba en el portal de su casa y le acompañaba al trabajo, le saludaba con disimulo cuando pasaba a su lado y le hacía una imperceptible señal, arqueando un poco las cejas, si sus miradas se cruzaban por casualidad. Pero Van Acker no parecía reconocerlo. Lo ignoraba como se ignora un soplo de aire, la sombra de un pájaro sobre el asfalto o una gota de lluvia en el sombrero.

Se había vuelto invisible. Incorpóreo, aéreo, etéreo, y todo lo que termina en óreo y éreo. A ese paso, un día des-

aparecería de la faz de la Tierra sin dejar rastro.

Pero no. Fue precisamente esta habilidad suya de pasar inadvertido, la que, llegado el momento, llamó la atención de sus superiores.

Una mañana de junio —el arbolito daba ya una sombra raquílica—, *monsieur* De Foy le telefoneó para pedirle que acudiera a primera hora a su despacho. Tenía que encomendarle una tarea muy delicada, le dijo, procure que nadie le vea entrar en el edificio, le advirtió. Y una vez encerrados los dos en aquella oficina tan silenciosa, le confesó que, en realidad, era *monsieur* Van Acker quien requería su presencia. Así que lo escoltó por los pasillos del palacio gubernamental hasta la puerta de roble macizo tras la cual se hallaba el primer ministro (fumando en pipa, a juzgar por el tufillo a tabaco Captain Black, con su mezcla de Burley y Virginias rubios, y su aroma a vainilla y azúcar quemado).

Hechas las presentaciones de rigor, comprobada la firmeza del apretón de manos del mandatario, la profundidad de su astigmatismo, la autenticidad de los hoyuelos que se le dibujaban al sonreír y el perfecto alineamiento de su dentadura, De Foy se retiró discretamente y la puerta de roble se cerró tras él con un quejido de bisagras.

—Póngase cómodo, Pierlot, se lo ruego —le indicó Van Acker una vez a solas, señalándole una butaca de cuero que quedaba frente al Chester en el que él mismo tomó asiento—. Hábleme de usted. Tengo entendido que su madre vive en Charleroi...

—En Châtelet, excelencia.

—No me llame excelencia, estamos entre amigos. Prefiero, si no le importa, que de ahora en adelante utilicemos nuestros nombres de batalla: el suyo, *monsieur* Pierlot y el mío, *monsieur* André. De esta manera, si alguien llegara a interceptar nuestras comunicaciones, no podría identificarnos. ¿Le parece correcto?